

VIVIMOS JUNTOS EN LA CIUDAD DEL REGALADO

Homilía en la Eucaristía de la Fiesta de san Pedro Regalado

13 de mayo de 2017. Catedral de Valladolid

Bienvenidos a la Catedral. Os saludo a todos en nombre de nuestro cardenal Arzobispo que se encuentra en este momento en Fátima acompañando al papa Francisco en su peregrinación con motivo del Centenario de las apariciones de la Virgen en Cova de Iria.

Saludo a la Cofradía de San Pedro Regalado y Nuestra Señora del Refugio, así como a los miembros de la comunidad cristiana de El Santísimo Salvador y Santiago. De manera especial doy la bienvenida y saludo con afecto al Sr. Alcalde y a los miembros de la Corporación municipal que le acompañan, así como nuestra cordialidad y respeto a quienes representan a las diversas instituciones de nuestra sociedad. Feliz día de San Pedro Regalado, que es el patrono de la Ciudad y de la Diócesis desde 1746.

Vivimos juntos. Esta experiencia elemental, la coincidencia en un espacio durante un tramo del tiempo, nos propone convivir y organizar la convivencia en sus diversas manifestaciones. En la ciudad hay viviendas y espacios abiertos, lugares de trabajo y de ocio. Colegios, fábricas, oficinas, centros cívicos, hospitales, bares, cines, tiendas, cuarteles. Juzgados, Cortes, Ayuntamiento. Periódicos, emisoras de radio y TV. Jardines, parques; Pisuerga, Duero y Esgueva. Polideportivos, estadios; tanatorios y cementerios. Zonas luminosas, grises y oscuras. Vivimos juntos y los diversos espacios urbanos son expresión de nuestra forma de organizar la convivencia. Vivir juntos nos sitúa en un proceso participativo de bienes y lugares, de funciones y tareas, de estatutos, de ventajas y desventajas, de beneficios y cargas, de obligaciones y deberes. Vivimos juntos hombre y mujeres de toda edad y condición que gozamos y sufrimos en las relaciones que propicia la convivencia. Vivimos juntos, nos agrupamos en asociaciones, coros, foros y equipos diversos; formamos una sociedad que para organizarse se expresa como comunidad política. Somos una ciudad y Pedro Regalado –el hijo de Pedro y de María de la Costanilla, que nació en la calle de la Platería en 1390– es Patrono de la ciudad de Valladolid.

En la ciudad también hay templos y parroquias, monasterios y colegios, centros de Cáritas y redes de atención a inmigrantes y desfavorecidos. Comunidades y cofradías, la Iglesia integrada por hombres y mujeres que participan en la vida de la ciudad. San Pedro Regalado,

bautizado en el Salvador, quien con 13 años entra en el convento de San Francisco, a pocos metros de su casa, es Patrono de la Diócesis.

¿Qué puede ofrecer este vecino de Valladolid, fraile franciscano del siglo XV, reformador y santo, a la Iglesia y a la Ciudad de la que es patrono?

El siglo XV fue el siglo del primer Humanismo; entonces se vivía el tránsito del feudalismo a la sociedad moderna. Hoy, vivimos un cambio de época radical y se habla de post o tras-humanismo. Existen dudas sobre el significado mismo de ser persona, hombre y mujer. La inteligencia artificial y los robots llaman a la puerta dispuestos a disputar el trabajo y el sitio. Algunos piensan que será posible comer del árbol de la vida, al mismo tiempo que se promocionan antropologías estériles y se avizoran sombrías amenazas de conflictos violentos crecientes y de muy diversas expresiones –el ciberataque global de las últimas horas es una muestra–. Aumentan las posibilidades productivas, así como crecen de manera escandalosa las desigualdades en rostros de descartados y sobrantes. Tantos han sido descartados antes de nacer, muchos son sobrantes invitados a desaparecer y no molestar.

En estos comienzos del siglo XXI se advierte cada vez con más fuerza la necesidad de un nuevo humanismo que afirme la dignidad humana y proponga la “vida buena” y el bien común.

San Pedro Regalado, nuestro patrono, nos ofrece en la búsqueda del nuevo humanismo tres referencias que él mismo experimentó para vivir una humanidad lograda.

1ª.- El don de la contemplación. El silencio buscado cada jornada en largas horas de asombro, escucha y adoración de quien siendo Dios es hombre. La experiencia de adentrarse en el misterio innombrable para recibir como don el nombre que ayuda a descifrar quiénes somos.

La contemplación nos invita a mirar “dos veces”, a escuchar y respetar y así caer en la cuenta de que el otro, vecino y conciudadano, más allá de lo que piense, tenga, diga o haga, es hijo – con dignidad sagrada– y hermano al que me unen vínculos previos y posteriores a cualquier ensayo de organizar la convivencia. La contemplación nos ayuda a descubrir la alianza fundante que nos hace libres y arranca del corazón el miedo a perder la libertad por vincularnos a los otros. La contemplación arraiga en nosotros la confianza y ensancha la esperanza.

2ª.- La fraternidad. En la escuela de San Francisco, en el testimonio evangélico del de Asís, aprendió el Regalado el significado y la experiencia de la fraternidad que permite a las personas que son iguales en su esencia, dignidad y libertad, participar de formas diferentes en el bien común de acuerdo con su capacidad, su trabajo o su carisma de servicio. Como dice el papa Francisco: "en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: de hecho, el protocolo por el cual seremos juzgados será el de la hermandad: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicisteis a mí» (Mt 25,40)

Las etapas que hemos dejado atrás, el siglo XIX y sobre todo el XX, se han caracterizado por arduas batallas, tanto culturales como políticas, en nombre de la igualdad y de la libertad, consiguiendo avances en la conquista de los derechos civiles y sociales. Es un error, dice el papa, creer que una sociedad democrática puede progresar "separando el código de la eficiencia –que por sí sola sería suficiente para regular las relaciones entre los seres humanos en la esfera económica– y el código de la solidaridad –que regularía las interrelaciones dentro de la esfera social–." Este enfrentamiento empobrece nuestras sociedades.

El nuevo tiempo global presenta retos inéditos a las sociedades participativas que experimentan, además, un debilitamiento de su cohesión interna para poderlos abordar. La fraternidad vivida por nuestro santo patrono es clima imprescindible a cultivar para superar viejas dialécticas de contrarios excluyentes y alumbrar un nuevo humanismo.

3ª.- La pobreza y los pobres

Pedro Regalado experimentó, como escribe Pablo en la carta a los Filipenses, un cambio en el libro de cuentas: "Lo que tenía por ganancia, lo juzgo ahora por Cristo como pérdida, y aun todo lo que tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura". Y acogió la llamada que hemos escuchado en el evangelio de San Lucas: "Vended vuestros bienes y dadlos en limosna". Su pobreza personal y comunitaria, así como la acogida y cercanía a los empobrecidos de su tiempo también iluminan las búsquedas de este tiempo. No podemos separar nuestra forma de vida personal de las reclamaciones sociales e institucionales que hacemos. No parece lógico reivindicar solidaridad en cuestiones sociales y proponer una comprensión individualista de la persona, cerrada en la propia autonomía de supuestos derechos nunca satisfechos.

En la liturgia de las horas de hoy decimos: "Dichosos quienes se apiadan de los pobres, porque quien imita al Señor ama la misericordia". En tiempos del Regalado la piedad hacia

los pobres tomaba la forma de acogida en la presencia del Señor y limosna. La Doctrina Social de la Iglesia insta hoy a encontrar maneras de poner en práctica la fraternidad como un principio regulador del orden económico. Así, por ejemplo, dice Francisco recientemente: “El trabajo no es un mero factor de producción que, como tal, debe adaptarse a las necesidades del proceso productivo con el fin de aumentar la eficiencia. Por el contrario, es el proceso de producción el que debe ser organizado de una manera que permita el crecimiento humano de las personas y la armonía de los tiempos de la vida familiar y laboral. El trabajo, incluso antes que un derecho, es una capacidad y una irremplazable necesidad de la persona. Es la capacidad humana de transformar la realidad para participar en la obra de la creación y la conservación realizada por Dios, y haciendo así, de construirse a sí mismo. Reconocer que el trabajo es una capacidad innata y una necesidad fundamental es una declaración mucho más fuerte que decir que es un derecho. Y esto porque, como la historia enseña, los derechos pueden ser suspendidos o incluso negados; las capacidades, las aptitudes y las necesidades, si son fundamentales, no.”

El bienestar que pretende asegurar en la ciudad nuestro sistema educativo, sanitario y de servicios, no puede prescindir de los cuidados cercanos que personas y familias realizan en ejercicio carnal de la fraternidad en nombre de la sangre, o, también, en el nombre del Padre común y Padre de todos que nos ha hermanado con la Sangre del Hijo Amado en el aliento del Espíritu Santo.

Amigos, hermanos, juntos, reunidos en esta Iglesia Madre estamos celebrando la fiesta de San Pedro Regalado. Juntos, en la dispersión de nuestras sendas, vivimos la vida ciudadana a lo largo del año. La Iglesia se sabe llamada de una manera singular a la contemplación, la fraternidad y la cercanía a los pobres en el cuidado cercano y la lucha por la justicia. Sabemos de nuestras incoherencias y fragilidades, somos permanentes pecadores perdonados, pero quisiéramos ofrecer en la ciudad, a nuestros compañeros de sitio y de horas, la belleza desarmada de nuestros ensayos de vida cristiana. Esta vida que Pedro Regalado llevó hasta su consumación en la caridad.

Que María, Virgen de San Lorenzo, Nuestra Señora del Refugio, Virgen de Fátima, interceda por nosotros, por la Diócesis y por la Ciudad de Valladolid.